

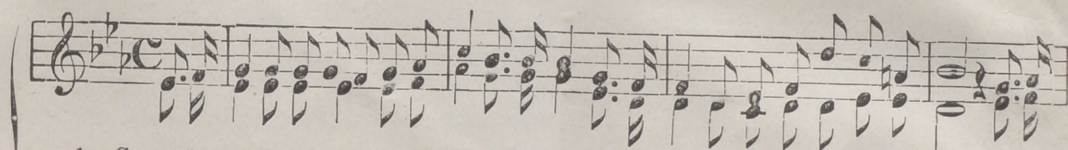
# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

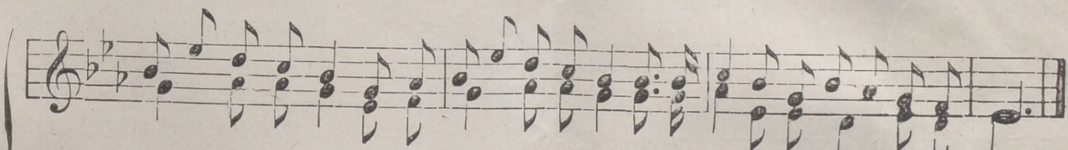
MADRID, 19 DE FEBRERO DE 1933

NÚMERO 8

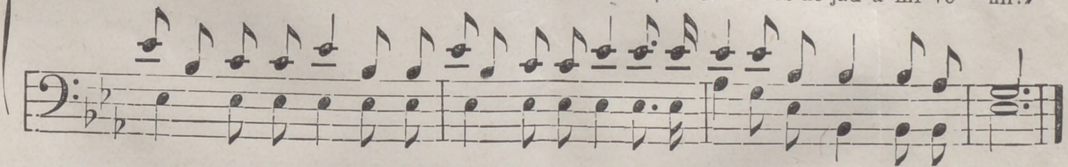
## Dejad a los niños venir a Mí



1. Cuan-do le-o la his-to-ria co-mo lla-ma Je-sús y bení-di-ce 'a los ni-ños con a-mor: Yo tam-
2. Ver qui-sie-ra sus ma-nos so-bre mí re-po-sar ca-ri-ño-sos a-bra-zos de El sen-tir, Su mi-



1. bien qui-sie-ra es-tar, y con e-llos des-can-sar en los bra-zos de mi buen Sal-va-dor.
2. ra--da dis--fru-tar. Las pa-la-bras es-cu-char: «¡A los ni-ños de-jad a mí ve-nir!»



3

5

Mas aún puedo a su estrado en oración acudir  
Y también de su amor participar.  
Pues si aquí buscarle sé,  
Le veré y le escucharé  
En el reino que El nos fué a preparar.

¡Cuántos hay que no saben de esa bella mansión,  
Y que no quieren a Jesús oír!  
Yo quisierales mostrar  
Que para ellos hay lugar,  
En el cielo dó los convida a ir.

4

6

Todos los perdonados y salvados por El,  
Al Cordero celebran inmortal,  
Allí voces mil y mil  
Salen del coro infantil,  
Porque es de ellos el reino celestial,

Yo ansio aquel tiempo venturoso sin fin,  
El más grande, el más lúcido, el mejor,  
Cuando de cualquier nación  
Niños mil sin distinción  
A los brazos se agolpa = del Señor.

## LA BASTILLA

(Continuación)

El silencio y la discreción eran cualidades necesarias e indispensables para los carceleros. Era también muy importante el que los presos no se comunicasen entre sí; esto no siempre podía evitarse, pues con frecuencia dos o tres vivían en la misma celda; pero los soldados, los oficiales y hasta el mismo gobernador, eran modelos de silencio y de reserva. En la Bastilla todo era misterio; nunca llegaba a saberse cuántos desgraciados ocupaban la terrible prisión, dónde estaban reclusos, cuándo eran puestos en libertad, ni si habían muerto o seguían aún padeciendo en los calabozos. Día y noche, cada cuarto de hora, los centinelas patrullaban por los patios y pasillos de la Bastilla. Al término de los corredores cada centinela tenía que tocar una campana para manifestar que estaba despierto. Todas las noches, a las diez, se levantaba el puente levadizo. Los centinelas estaban siempre presentes a los paseos de los presos y les vigilaban de cerca. Si un preso entraba en el patio o corredor y su personalidad no había de ser conocida, el centinela de la entrada sonaba una campana. A esta señal todos los soldados tenían que echarse la gorra sobre la cara y los centinelas gritaban: "Al gabinete". Este gabinete era una profunda abertura hecha en las paredes, de doce pies de largo por tres de ancho; en este nicho eran amontonados todos los presos hasta que su misterioso compañero hubiera pasado. La guarnición de la Bastilla la formaban 200 hombres; sus mosquetes estaban siempre cargados, y en el edificio había siempre una cantidad inmensa de municiones.

El gobernador era autoridad suprema en todos los asuntos de la Bastilla. Tenía a sus órdenes un comandante, un segundo comandante y un lugarteniente. Los carceleros y encargados de las llaves de la prisión, los

hombres más bárbaros y toscos que podían encontrarse, eran ciegos instrumentos en manos de sus superiores. Limpiaban las habitaciones, llevaban la comida a los presos, los cuidaban en sus enfermedades, eran espías del gobernador y cumplían sus deseos. Cada uno de ellos llevaba un montón de llaves en el cinto. Para cada cuarto tenían cinco llaves.

Un preso llegaba a la Bastilla, generalmente en coche, rodeado de dragones. Se avisaba al gobernador, y éste le ordenaba descender del coche. Primeramente era conducido a una habitación, donde era registrado; se le quitaba todo lo que llevaba, como dinero, peine, anillos, etc. Se hacía una lista de todo ello y se extendía un documento describiendo al prisionero, la fecha de su llegada, motivo de su arresto, etc. El preso ponía su firma y a continuación era conducido a la celda que se le había señalado. Se abrían tres o cuatro pesadas puertas, se le empuja hacia adentro y se cierran las puertas; el preso queda sepultado en este horrible calabozo, quizás para siempre. Un grito angustioso resuena en la desnuda y casi oscura habitación. Nadie le da importancia, a no ser, quizás, algún compañero de sufrimientos que, por curiosidad, pega su oído al suelo para escuchar el nuevo sonido que, por lo menos, ha traído algún cambio a la terrible monotonía de la vida de prisión. En un principio, ni libros ni materiales de escribir les eran permitidos a los presos; más tarde se les concedió este favor. Las comidas eran a las once y a las seis; el alimento era de la peor clase: la carne, con frecuencia, podrida; el vino, siempre flojo y agrio; y, sin embargo, tenían que pagar muy caro todo esto. Había dos capellanes en la Bastilla, pero solamente diez presos podían oír misa a la vez por no haber más que diez nichos, enrejados y con cortinas, en los cuales los presos tenían que sentarse para que no pudieran verse mutuamente. ¡Ay del preso que se

quejaba del trato que se le daba en la prisión! Cortada toda comunicación y ayuda, por completo en manos de sus atormentadores, llevaba siempre las de perder; su miserable comida resultaría peor; se le privaría de los pocos minutos que tenía de pasear, se le recluiría en un calabozo peor y, probablemente, se le aplicarían castigos corporales. Cuando moría un preso se le enterraba en el cementerio de S. Pablo, y con nombre falso entraba en el registro de la iglesia.

Los libros más notables en la Bastilla eran los "Cahiers". Se guardaban en tres grandes armarios y contenían la historia de todos los presos que habían entrado en la Bastilla. Ningún preso ha despertado tanto interés y curiosidad como "El hombre con careta de hierro". Permaneció muchos años en la Bastilla y usaba siempre una careta de terciopelo negro. Murió en la prisión y fué enterrado en San Pablo. Fué, indudablemente, una persona de alto rango, probablemente emparentado con la familia real; pero el misterio no ha sido nunca descubierto. El gobernador y el comandante eran los únicos que le atendían y siempre con gran deferencia; murió repentinamente, y después de su muerte todos sus muebles, papeles, etc., fueron quemados, y el dinero y las joyas, derretidos. Cuando, durante la revolución francesa, el pueblo enfurecido destruyó la Bastilla, se esperaba encontrar en los archivos, entonces abiertos al público, algo en relación con este extraordinario preso; pero ni se da su nombre ni la razón de su arresto; se desconocen las dos cosas, pero se hace notar que fué obligado a llevar una careta de terciopelo negro.

Un noble normando, de Renneville, que estuvo confinado en la Bastilla en 1702, ha escrito la más emocionante relación de su cautividad, con el título de "La Inquisición francesa, o Historia de la Bastilla". "El cruel tirano, dice, hablando del gobernador, me dejó algún tiempo sin nada de paja, ni

siquiera una piedra sobre que descansar la cabeza, gastándome entre el fango del calabozo, con sólo pan y agua por comida. Mis ojos casi se salieron de sus órbitas, la nariz se me hinchó; más de la mitad de mis dientes se cayeron y, en muchos sitios, mis huesos se salían de la piel". Renneville vió prisioneros de todo rango y sexo recibir terribles golpes de los carceleros, y a la menor queja eran metidos en terribles calabozos. El mismo pasó por varias celdas de la Bastilla durante su confinamiento allí. Pasaron cinco meses antes de poder obtener ropa limpia y vió a su carcelero usar las camisas que le habían robado. Su libro causó una impresión de horror en Europa. Se le estimaba tanto, que con gusto daban veinticinco duros por un ejemplar. Se enviaron asesinos a Amsterdam para matarle. Escapó, y dijo "que jamás ocultaría la verdad. Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Es dulce morir por la verdad". Pero Renneville pagó su atrevimiento después de haber aparecido la segunda edición de su libro, en 1724. Desapareció repentinamente y no se halló rastro de él. ¿En qué calabozo subterráneo perecería?

(Concluirá).

## La vida de los grandes hombres

### Juan Sebastián Elcano

Era Elcano casi un muchacho cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, pues nació en Guetaria (Guipúzcoa) hacia el año 1476. Siempre fueron las provincias vascongadas famosas por sus marinos, y Elcano fué, sin duda, el más glorioso entre todos ellos.

Su viaje alrededor del mundo, que nadie había realizado antes, es la mejor novela de aventuras que se haya podido imaginar. Tres años duró el viaje, y de los 237 hombres que componía la expedición al salir de Sevilla, sólo regresaron ¡18!, y aun éstos tan flacos y extenuados, que más parecían esqueletos vivientes que hombres de carne y hueso.

En realidad, fué Fernando de Magallanes, un portugués al servicio de España, quien se encargó de dirigir la expedición; pero habiendo muerto en una lucha con los naturales de una isla del archipiélago filipino, se hizo cargo Elcano de las tres naves que quedaban (cinco habían salido de Sevilla). Dos



de estas naves tuvieron que ser abandonadas sucesivamente por inútiles, continuando Elcano y sus cada vez más escasos compañeros el viaje en la nave "Victoria", llegando, por fin, a Sevilla, después de experimentar nuevos y numerosos contratiempos, a los tres años de haber emprendido aquel viaje de héroes. De este modo se dió por primera vez la vuelta al mundo.

Para que comprendáis bien la importancia que tuvo el viaje de Elcano, os recomiendo que sobre una "esfera terrestre" señaléis la ruta que siguió la expedición.

Es muy interesante e instructivo. Empezando en Sevilla, continuad por el Atlántico hasta Canarias; de aquí al golfo de San Julián, en la Patagonia; pasad luego por el Estrecho de Magallanes al Pacífico; seguid por éste Océano hasta las islas Marianas, luego a las Filipinas (aquí murió Magallanes). Continudad por el Océano Indico, después de visitar las Molucas, y algunas otras islas, hasta el Cabo de Buena Esperanza. De nuevo en el Atlántico, no os detengáis hasta las islas de Cabo Verde; de aquí a Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, y, por fin, a Sevilla. Es faci-

lísimo, y, como he dicho antes, muy instructivo.

Después de su triunfal expedición no se durmió Elcano sobre sus laureles, y pronto volvió a lanzarse a las aventuras marítimas, dispuesto a realizar nuevas exploraciones. Descubrió el Cabo de Hornos, en el extremo Sur de América. Al fin, los trabajos y privaciones que había soportado durante su aventurera y heroica existencia minaron su salud, y murió cuando navegaba por el Pacífico.

En uno de los patios del Ministerio de Estado existe una estatua de Elcano de gran mérito, debida al gran escultor Bellver. En su pedestal se leen los versos siguientes:

"Por tierra y por mar profundo,  
con imán y derrotero,  
un vascongado, el primero,  
dió la vuelta a todo el mundo."

ESE

#### PARECIDOS

—¿En qué se parece una bailarina a una lavandera?

—En que la bailarina ba-i-la, y la lavandera va y lava.

—¿En qué se parece la lista de lotería a un capitán?

En que es oficial.

—¿En qué se parece una tienda de ultramarinos al AMIGO DE LA INFANCIA?

—En que tiene la sal por arrobas.

#### ADIVINANZAS

—Verde me crié, dorado me segaron, rojo me molieron, blanco me amasaron.—El trigo.

—En medio del cielo estoy, sin ser brillante estrella, sin ser sol ni luna hermosa.—La E.

—Corre sin pies, no tiene dedos y tiene anillos.—La cortina.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: En España y Republicas Americanas, ptas. 3,00  
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.  
Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.